



Capítulo 539: He tenido genuina curiosidad por conocerte

Virgilio permaneció en silencio por unos momentos.

Su mirada estaba fija en la mujer que tenía delante, pero su mente funcionaba como una espada giratoria.

Éste no era simplemente otro ser poderoso. Se había enfrentado a reyes, generales demoníacos e incluso entidades que se proclamaban inmortales. Pero la presencia ante él tenía otro peso. No era simplemente fuerza o aura—era un concepto. Una idea hecha carne.

Respiró profundamente, tratando de ignorar el olor empalagoso que emanaba de la taza de té. Finalmente habló:

"¿Dónde... exactamente estoy?"

La mujer sonrió, como si hubiera esperado esta pregunta. De su taza salía vapor, reflejando la luz roja del lago, y ella respondió con una calma tan absoluta que parecía burlona.

"Estás... donde quiero que estés, Rey Demonio."

Virgilio entrecerró los ojos.

Ella continuó:



"Estoy conectado a este planeta. Puedo estar en cualquier lugar y en ninguna parte." Es una especie de semiomnipresencia... pero sólo dentro de mi esfera de influencia." Hizo una pausa, dejando que el silencio pesara mucho. "Yo soy el agua que fluye en los ríos, la tierra que nutre los cultivos, el aire que respiras. Soy naturaleza cruda, Virgilio. La fuerza vital que sostiene todo lo que aún perdura."

Sus dedos se deslizaron lentamente sobre el borde de la taza. Un gesto sencillo, pero que hizo que Virgilio sintiera como si todo el bosque demoníaco que lo rodeaba hubiera temblado.

"Así es como mis hermanas y yo observamos el planeta al que estamos ligadas. Nada escapa a nuestra mirada. Nada que importe."

Inclinó ligeramente su rostro y su enorme sombrero proyectaba sombras aún más densas.

"Estás simplemente donde deseo que estés."

Virgilio mantuvo la expresión serena, pero por dentro su mente estaba agitada. Semiomnipresencia. Un concepto incómodo, pero que daba sentido a todo lo que había visto desde que entró al Árbol. No estaba en un espacio físico, no en el sentido ordinario. Ella estaba en un reflejo, un pliegue de realidad creado por esta mujer—no, por esta entidad.

Y como para demostrar que no se tomaba nada en serio, Qliphoth inclinó la cabeza y se rió suavemente. Una risa ligera, casi musical.

"Debo admitir que fue divertido verte luchar contra mi dríada."

Virgilio parpadeó, confundido, pero sólo por un momento.



"... ¿Dríada?" Su voz era baja, casi un gruñido.

Qliphoth tomó un largo sorbo de té y sus labios rojos dejaron una marca en la porcelana oscura. Cuando devolvió la taza a la mesa, su sonrisa se amplió de alegría.

"Esa mujer del kimono blanco," dijo como si fuera obvio. "Ella es una dríada."

Vergil se reclinó en su silla y cruzó los brazos. El gesto parecía casual, pero era su manera de ocultar la febril atención que prestaba a cada palabra.

"Una dríada, dices..."

"No cualquier dríada," Qliphoth corrigió, levantando un dedo delgado. "Mi avatar. Mi forma humanoide, limitada y práctica. Un puente entre yo y criaturas como tú, que necesitan rostros y voces para entender algo más grande."

Virgilio permaneció en silencio, permitiéndole hablar.

Qliphoth miró más allá de él, como si hablara tanto consigo misma como con su invitado.

"Un árbol del mundo..." Su voz adquirió un timbre profundo, como si cada sílaba resonara en todas direcciones. "No es sólo un tronco enorme con raíces profundas. Es un concepto que existe en todo el universo. Un pilar esencial, el fundamento que permite que exista la vida."

Virgilio entrecerró los ojos, pero no interrumpió.



"Donde no hay Árbol del Mundo, no hay vida. Ni siquiera la posibilidad de ello. Los planetas sin nuestra presencia son piedras muertas, olvidadas en el vacío." Cuando un árbol crece en un lugar, no sólo nutre—define. Da forma a la realidad que lo rodea. Ella sonrió, mostrando unos dientes perfectos y terriblemente blancos. "Somos a la vez físicos y espirituales. Anclas. Puentes."

Levantó la mano y en la palma de su mano brotó un pequeño retoño hecho de pura luz carmesí. Sus raíces se agitaban como tentáculos en miniatura, agarrándose a la nada.

"Si tenemos suficiente tiempo, podemos transformar un planeta árido en un jardín." Sus ojos brillaban bajo la sombra de su sombrero. "Podemos terraformar mundos hostiles, dar forma a la tierra, al agua, al aire. Y, si se nos permite, incluso levantar un panteón de dioses propios."

Virgilio arqueó una ceja.

"¿Entonces eso es lo que eres? ¿Una diosa?"

Su sonrisa se amplió de diversión.

"No, querido." La palabra sonaba como una caricia envenenada. "Soy algo que incluso los dioses desean poseer."

Vergil apretó los puños. Él entendió la implicación. Comprendió por qué la dríada del kimono blanco parecía más cansada que cualquier otro ser que hubiera visto jamás. Existir como avatar de algo tan codiciado debe ser una carga infernal.



Qliphoth, sintiendo sus pensamientos, se rió de nuevo.

"Ah, sí. Por eso somos tan buscados. Panteones enteros luchan por un solo fragmento de nosotros. Porque quien controla un Árbol del Mundo... controla la vida misma."

Virgilio se inclinó hacia delante y sus ojos parpadearon.

"¿Y por qué me muestras esto?"

Qliphoth cruzó lentamente las piernas, un gesto calculado para mostrar cada curva poderosa de su cuerpo. El sombrero la mantenía envuelta en sombras, pero la sonrisa estaba ahí—felina, maliciosa, infinita.

"Sólo quería explicarte por qué aparentemente no entiendes nada sobre este mundo. Bueno, no te culpo. Después de todo, tienes una existencia bastante... irregular." Su voz goteaba como dulce veneno. "Eres el sucesor de ese dios demonio idiota. Y si vas a ocupar su lugar, necesitas entender cómo funciona el mundo."

El nombre no fue dicho. El título fue suficiente.

Vergil apretó los dientes. Por un momento, silencio. El lago de sangre que los rodeaba burbujeaba intermitentemente, como si respiraran. El bosque a lo lejos parecía observar, cada rama inclinándose hacia adentro.

Finalmente rompió el silencio:

"Entonces... la mujer de blanco..."



"Ella es parte de mí," confirmó Qliphoth, casi alegremente. "Mi puente. Mi voz en el mundo. La lastimaste, por supuesto, pero eso fue útil. Ella necesitaba ser puesta a prueba tanto como tú."

Vergil se rió suavemente, un sonido áspero.

"Probado, ¿eh?" La habría matado si hubiera querido.

"No, no lo haría", respondió Qliphoth con firmeza, levantando un dedo en su dirección. "No sin mirarme. Y aún no he decidido si mereces ese honor."

Virgilio se quedó en silencio, pero su mirada brillante hablaba más que las palabras.

Luego Qliphoth se inclinó hacia atrás y volvió a jugar con su taza. El líquido rojo oscuro parecía té, pero el olor delataba algo más. Sangre endulzada.

"El punto es que he tenido genuina curiosidad por conocerte desde que entraste a mi bosque personal."